

planes, se sentó tranquilo, pidió una taza de café con una copa de rom, sacó un puro, lo encendió, y se puso á fumar con la sangre fría de un hombre sin conciencia y sin corazón.

CAPITULO XXI.

Disponer al mal.

Enrique habia cumplido su palabra, y Pedro hacia veinticuatro horas que estaba en libertad.

Contento de su ventura, y deseando celebrar aquel fausto acontecimiento de su vida, convidó á varios amigos á un dia de campo en Santa-Anita, en ese poético pueblecillo de indios, que parece brotado del pintoresco lago en que descansa, como la Vénus de la fábula nació de la espuma del mar.

Aunque la manera con que encontró adornada la accesoria dió pábulo á las sospechas

y á los zelos que habia despertado en su alma el anónimo escrito por Rossi, hizo un esfuerzo para ocultar su enojo hasta vencerse por sí mismo, de la verdad de la carta. Sin embargo, era poco diplomático para poder burlar la viva penetracion de Pilar, que descubria, al través de la aparente tranquilidad de su fisonomía, la inquietud y el disgusto que ocultaba en el corazon.

—¿Estás resuelto á ir á Santa-Anita?

Le preguntó la jóven viéndolo disponerse para marchar.

—Sí, ya sabes que me esperan mis camaradas, y que no puedo faltar á mi palabra.

—¿Tus camaradas!...—dijo Pilar con marcada tristeza.—¡Ah Pedro! ¿es esto lo que me prometiste?... ¿Será posible que vuelvas á frecuentar esas peligrosas amistades que cambian los buenos sentimientos de tu alma?

Pedro hizo un gesto de disgusto.

—Mis amigos son tan buenos como el mejor, aunque no vistan levita.

Contestó secamente.

—¡Buenos!...

—¿Qué defectos les pones? ¿Qué no dicen esas palabras bonitas que á tí te gustan y cautivan?

—Las palabras, Pedro, son lo menos; lo mas, lo esencial son las obras, las virtudes del hombre.

—Siempre he visto que te ha repugnado tratar con mis amigos: ahora mismo has pretestado estar indispuesta, para no venir á Santa-Anita con nosotros, y eso no me gusta. No parece sino que te crees superior á todos porque sabes cuatro frases de la gente de *alto kirie*.

—Yo no me creo superior á nadie, Pedro.

Contestó Pilar rebozando de amargura su corazon.

—No te debes creer tampoco. Tú debes recibir con amabilidad á mis amigos, y espero que lo harás esta noche.

—¿Te empeñas en traerlos?

—Sí; quiero que el dia acabe con baile: basta ya de condescendencias contigo: es preciso que sepas que soy mas que tú: que dejes esos humos de señorita, y que conoz-

cas que te está muy mal esa repugnancia que manifiestas hácia mis camaradas, porque al fin todos ignoramos quiénes son tus padres.

Pilar sintió en su pecho una opresion aguda, causada por aquel inesperado ataque de Pedro: sus ojos se le llenaron de lágrimas; se acordó de la posicion que habia ocupado y de la que ocupaba: quiso volver por el limpio lustre de su nacimiento; pero considerando que cualquiera revelacion que hiciera, solo serviria para echar sobre el limpio apellido de su padre una mancha indeleble, exclamó con la mayor tristeza.

—¡Mis padres!.... ¡Mis padres! ¡Ah!... es verdad.... Nadie los conoce mas que mi corazon, mi corazon que les ama, mi corazon que se levanta al cielo para pedir á la que me dió la vida, ruegue á Dios por su desdichada hija.....

Y los ojos de la jóven se cubrieron de lágrimas.

—Estoy seguro de que si fuese Enrique—dijo Pedro sin poderse contener por

mas tiempo—no dejarias de asistir al dia de campo.

—Porque ese hombre ha sido la Providencia para nosotros: porque ese hombre nos ha tendido una mano amiga en la desgracia, ha trabajado por mejorar tu suerte, ha conseguido tu libertad y se propone protegerte.

—Respecto á la libertad, sé que no es á él á quien la debo.

—¿Pues á quién?

—Lo ignoro; y en cuanto á su proteccion, la desprecio, la odio, no la quiero.

—¿Por qué?

—Porque me avergüenza, me abochorna y me humilla.

Exclamó Pedro exaltándose, por grados recordando el anónimo de Rossi.

Pilar quedó aterrada.

—Sí, me humilla—continuó Pedro.—La proteccion de los grandes, es la ignominia de los pequeños.

Y sin dar lugar á que Pilar le preguntase ni le hiciese observacion ninguna, se puso el sombrero *jarano*, se embozó en un lujoso

jorongo, y salió á la calle, dejando á la desventurada jóven anegada en llanto, y lamentando su desdichada suerte.

—Pronto descubriré la verdad;—pensó interiormente—si ella se queda para recibir al hombre que se vende por protector, mi vuelta será tan inesperada como violenta y silenciosa.

Y Pedro se dirigió hácia el embarcadero de la Viga donde le esperaban sus amigos.

Preocupado iba en sus desgarradoras ideas, cuando al cruzar la calle de Banegas, oyó que le llamaban del balcón de una casa. Dirigió la vista hácia el sitio de donde salía la voz, y vió á Rossi que le hizo seña con la mano, de que subiese.

Pedro entró en el edificio, y el sardo, cerrando la puerta de su alcoba, le ofreció una silla, y se sentó á su lado.

—Veo que me han servido mis amigos—dijo Rossi, con cierto aire de satisfacción y de importancia.—Creí que el cambio de gobierno hubiera cambiado también sus corazonces; pero noto con gusto que me he en-

gañado, viendo que han puesto á vd. en libertad como me habían ofrecido.

—¡Cómo!... ¿es vd. la persona tal vez quien se referían en un anónimo que me enviaron estando en la Acordada?

—Ignoro lo que pudieran decir á vd.; pero lo único que puedo asegurarle es, que dí todos los pasos para conseguir lo que al fin ha logrado vd.

—¡Ah!... ¡infames!... ¡me engañaban!...

—¡Quiénes?

Preguntó Rossi, manifestando ignorar á lo que aludían aquellas pocas, pero significativas palabras.

—Nada, nada.... dijo Pedro, tratando de refrenar su enojo, continúe vd.

—Yo me había propuesto ignorase vd. el nombre de la persona que procuró su libertad; pero al saber que no faltan hipócritas que, aprovechándose de los servicios ajenos, se presentan como hombres filántropos, abrigando tal vez siniestras y ofensivas miras, he creído un deber de conciencia revelar francamente la verdad, no con la vana pretensión de alcanzar su gratitud,

sino con la imprescindible y justa que tiene todo hombre honrado de arrancar la careta á los malvados.

Pedro se levantó de la silla como si le hubiesen tocado con una áscua. Aunque de toscos modales y de ordinaria educacion, tenia amor propio, abrigaba ese noble sentimiento de delicadeza, que no tolera menosprecio ni humillacion ninguna. Aquel hombre que no se avergonzaba en confesar que habia estado preso por robos, sentia agolparse la sangre á las mejillas, con solo pensar que habia un rival osado que le disputaba el corazon de su esposa.

—“Señor Rossi, exclamó dejando ver en sus ojos el fuego de la ira y del despecho, veo que con vd. es inútil el disimulo: sus palabras me dan á entender que conoce vd. el papel ridículo que me ha hecho representar mi esposa en estos últimos dias que me ví preso: confio, pues, que será vd. ingenuo conmigo: ¿Es Enrique el nombre de esa persona, que fingiendo trabajar para libertarme, trataba solo de ofenderme?”

—Me habia propuesto callar su nombre:

mi intencion al llamar á vd., ha sido avisarle de lo que ha llegado á mis oidos, para que tomara vd. las medidas que mas convenientes juzgase; pero puesto que se me pide ingenuidad, quiero manifestar que la tengo, asegurando que en efecto es Enrique el hombre á quien me refiero.

Pedro rechinó los dientes, y exclamó furioso.

—Yo pondré remedio eficaz y pronto que corte de raiz el mal.

—¿Qué piensa vd. hacer?

Preguntó Rossi fingiendo sorpresa.

—Lo que está obligado todo hombre que no ha renunciado á su amor propio.

—Es que, para ciertas ofensas....—dijo el sardo queriendo exaltar á su interlocutor—no hay otro medio que....

—¡La muerte!.... lo sé.

Dijo Pedro, dejando estallar toda su furia.

—¿Y piensa vd?....

—Lo he resuelto.

—¿A ella ó á él?

—¿No me han ofendido los dos?

—Sin duda.

—Pues si los dos me han ofendido, los dos recibirán igual castigo.

—Sobre todo, es preciso reserva; que nadie sepa que yo he sido quien ha comunicado á vd. tal noticia, que se ignore que nos hemos hablado, y hasta que nos hemos visto.

—¡Ah!.... seré mudo y obraré.

Y Pedro salió á la calle, diciendo interiormente,

—¡Los dos morirán!.... Sí, los dos, porque ella y él me han vendido!....

—Va como un toro de Atenco á quien ponen banderillas de fuego—dijo Rossi satisfecho del buen éxito que habian alcanzado sus palabras.—Estoy seguro de que no trascurrirán veinticuatro horas, sin ver logrado mi intento.

CAPITULO XXII.

Un paseo á Santa-Anita y las Chinampas.

Pedro, al salir de casa de Rossi, indignado contra Enrique, como dejamos dicho en el capítulo anterior, marchó al embecadero de la Viga, donde le esperaban sus amigos, tratando de distraer las terribles ideas que bullian en su mente.

El punto de reunion á que los habia citado, se encontraba en aquel momento lleno de canoas y de gente dispuesta á marchar á Santa-Anita.

Si me propusiera dar á conocer los diferentes tipos que forman el vasto país mexicano, no haria mas que describir el hermo-